

Naturalmente que, de esta forma, el comentario literal del texto por fuerza ha de ser reducidísimo. Pero también es cierto que, para los fines de la colección, la obra gana mucho en utilidad práctica y su lectura es más atrayente y agradable.

Con gusto citaríamos los muchos pasajes que hemos ido apuntando conforme íbamos leyendo, por los cuales se echa de ver la verdad de las afirmaciones precedentes. Renunciamos a ello por no hacer más extensa esta ya larga recensión.

Sólo añadiremos esta observación para los escrituristas españoles: ¿No sería ya hora de que en España intentáramos hacer algo semejante, para utilidad de nuestro católico pueblo y aun de nuestro clero?

Fr. SERAFÍN DE AUSEJO
O. F. M. Cap.

POIRIER (LEANDRE), O. F. M.: *Les sept Eglises ou le premier septenaire prophétique de l'Apocalypse*. Dissertation présentée à la Faculté des Sciences sacrées de la Catholic University of America en accomplissement partiel des conditions requises pour le grade de Docteur en Sacré Théologie. The Catholic University of América Press. Washington, D. C., 1943. IX-208 págs., 228 x 150.

Mérito especial del P. Poirier es haber dado a esta exposición de una de las secciones del Apocalipsis un interés innegable y una amenidad que no suelen tener tantas otras exposiciones recargadas de interpretaciones escatológicas.

De los diversos septenarios que aparecen a lo largo de la obra profética de San Juan, ha escogido el autor el de las siete Iglesias, y a él se ha ceñido sin hacer sino levisimas alusiones a los demás. Y no es que crea él que este septenario no tenga relación alguna con los otros, ni siquiera que constituya un género literario distinto del apocalíptico. Está plenamente convencido de que el Apocalipsis no comienza en el capítulo 4, sino en el I, y que entre los diversos septenarios, comenzando por el de las Iglesias, no hay una sucesión histórica, sino un perfecto paralelismo.

Exégesis, historia, doctrina, son las tres partes de este trabajo, la primera de las cuales es, sin duda, la más interesante. Las Iglesias a las que San Juan se dirige, sin dejar de ser siete Iglesias históricas de Asia, son al mismo tiempo la Iglesia universal, y lo que a ellas envía el profeta en virtud de la orden recibida en 1, 11, es todo el Apocalipsis. En cambio, en el v. 19 recibe orden de escribir las siete cartas, en las que hará constar algunos rasgos de la figura del Señor (quae vidisti), las observaciones que Dios hace a cada Iglesia (quae sunt) y la promesa reservada a su fidelidad (quae oportet fieri post haec). Cristo habla a las estrellas que tiene en la mano y que son los ángeles de las siete Iglesias, y el profeta escribe este mismo mensaje a los ángeles de estas mismas Iglesias, porque escribe proféticamente para una Iglesia que responde a esos símbolos.

El examen interno de cada carta revela una contextura estudiada con perfecta correspondencia entre la descripción de Cristo, que la encabeza, y la promesa con que termina; y entre el estado de la Iglesia y aquella misma promesa. En la primera carta se observa una repetición en sentido inverso de unos mismos elementos. Y en general todos los elementos de una misma carta guardan perfecta armonía. Así, en la carta a la Iglesia de Esmirna, cuyo nombre significa mirra y sugiere la idea de sufrimiento y muerte, se trata de una Iglesia atribulada, a la que, el que

es «primus et novissimus, qui fuit mortuus et vivit», invita a ser «fiel hasta la muerte», y le promete «la corona de la vida».

El anuncio de la venida de Cristo se hace cada vez más apremiante, hasta ser presencia junto a la puerta en la última carta.

Los siete candeleros son las siete Iglesias colocadas en un orden geográfico, y el movimiento literario que las toma como diversas estaciones de un viaje del Señor, exige una sucesión temporal, que impide interpretar las cartas como referentes a hechos contemporáneos entre sí. También persuade una interpretación histórica el hecho de que las diversas promesas, que en las cartas se formulan, constituyan otras tantas alusiones a hechos del Antiguo Testamento, que se escalonan por orden cronológico desde el Paraíso hasta Jesucristo.

De todo esto deduce el autor que las siete cartas tienen un sentido histórico-profético. Conclusión que trata de demostrar espigando en la exégesis patrística. Efectivamente, no pocos textos de SS. PP. interpretan las siete Iglesias por la Iglesia universal, y particularizando más, algunos aplican estas cartas a la Iglesia dividida en siete clases de hombres, y otros a la Iglesia en siete etapas históricas distintas. Entre los textos aducidos se cita con frecuencia el comentario de Beato de Liébana, y se establecen algunos contactos de éste con otros escritores eclesiásticos.

En la segunda parte del libro se traza una historia, no muy completa, de la exégesis de este pasaje, comenzando por nuestra época y retrocediendo hacia la alta Edad Media. En la literatura actual se señalan dos corrientes, tanto entre católicos como entre los protestantes: la escuela que él llama crítica, capitaneada por el Padre Allo, para quien las epístolas quedan fuera de la parte propiamente apocalíptica; y la escuela profética, al frente de la cual coloca a Jean du Plessis, y que merece todas las simpatías del autor.

Cuando se remonta a los escritores que precedieron a los actuales a partir del siglo XVI, es quizá cuando se notan mayores lagunas en la historia que se nos traza, de la que están ausentes casi todos los escritores españoles. Como compensación a esta decepción nuestra, hemos encontrado la cita de una obra que desconocíamos. Se titula *Reglas y observaciones para entender las Santas Escrituras, especialmente el libro del Apocalipsis escrito por San Juan*, y se debe a la pluma de Manuel Viciano Rosell (1735-1796), Canónigo de la Real Iglesia de S. Isidoro y Santa María de la Cabeza. El mismo autor dice haberlo encontrado como una rareza bibliográfica en la Librería del Congreso de Washington.

Al hablar de las teorías de la Edad Media, apenas se ocupa más que de los comentaristas de las Ordenes mendicantes, que habrían sacado al Apocalipsis de la situación de tranquila meditación a que la tenían sometida los monjes. Entre los escolásticos se detiene principalmente en S. Buenaventura, porque los otros comentarios no se puede aún asegurar que sean auténticos por falta de ediciones críticas.

En la tercera parte, titulada «Doctrina», trata de demostrar que estos capítulos del Apocalipsis tienen un valor simbólico y profético. Así como en el IV Evangelio la historia se hace doctrinal, aquí se hace profética.

Finalmente dedica unas páginas a presentar las perspectivas que su interpretación ofrece a los exégetas y a los teólogos. Entre las primeras, notemos que, según el autor, el milenio apocalíptico ha pasado ya con la Edad Media. La venida del Anticristo y la Parusía estarán separadas por un largo período. Las cartas a las siete Iglesias son la mejor guía para interpretar todos los demás septenarios del

Apocalipsis. Como perspectivas teológicas hace notar la relación de este septenario con otros contenidos en el dogma, como es el de los Sacramentos, y establece el principio de que cuanto en las cartas se dice con un carácter social, puede aplicarse al orden individual de manera análoga a cuanto se ha venido haciendo con el Cantar de los Cantares.

El apéndice contiene una bibliografía especial de 142 obras, casi todas de origen inglés.

Una vez leída toda la tesis, se queda uno con la impresión de que hay en ella un germen, del que un día podrá salir un comentario muy apreciable.

J. ENCISO